

Diálogo entre un alumno y dos maestros

Samuel FAU, Estudiante

José Antonio FAU, Maestro.
Miembro del Consejo Escolar de Aragón

Samuel, 22 años, maestro y alumno de psicopedagogía y José Antonio, 53 años, maestro. Son las 9 de la mañana del 2 de septiembre de 2010 y en la entrada del campus de la Universidad de Zaragoza la temperatura es agradable. Como en otras ocasiones se han citado para dar un paseo y hablar de educación.

Samuel. Buenos días.

José Antonio. Buenos días.

Samuel. ¿De qué hablamos hoy?

José Antonio. Hace poco estuve pensando en cómo se podría aplicar a la educación la visión distópica que describe Aldous Huxley en su obra *Un mundo feliz*.

S. ¿A qué te referías?

J. A. Me refiero a cómo los educadores pueden enfocar más su acción, en ciertas ocasiones, hacia los intereses del sistema que hacia los del individuo. Incluso hay quien podría pensar que para lograr que el individuo sea feliz, debe ser educado para responder a los intereses del sistema.

S. O sea, ¿que para que los educandos sean felices no se debería pensar en ellos, sino en el sistema?

J. A. Puede parecer contradictorio, pero este tipo de pensamiento está presente en algunas teorías educativas. Pensar hacia el sistema supone educar a los individuos para que se adapten a él. El individuo adaptado es feliz.

S. Pero eso no es cierto.

J. A. A veces sí lo es, y otras no.

S. ¿Podríamos hablar de una realidad dilemática entonces?

J. A. Más bien paradójica. Esta afirmación encierra una contradicción, ya que los intereses individuales y colectivos pueden llegar a oponerse. Actuar a favor de uno supone ir en detrimento del otro en determinadas ocasiones.

S. Pero no es una simple contradicción, las contradicciones son evidentes, pero esto no lo es tanto.

J. A. Por eso es una paradoja; la contradicción es inherente a la misma, pero no tiene por qué ser falaz, de algún modo resulta lógica, y en ocasiones puede ser cierta (o no).

S. De todas formas yo no estoy de acuerdo con la afirmación propuesta inicialmente; si realmente quieres que el individuo sea feliz, hay que educar pensando en el individuo y en sus intereses, precisamente porque el sistema sólo se tiene en cuenta a sí mismo y a sus propias reglas.

J. A. Pero el sistema es imprescindible; si pensásemos de una forma muy individual, sin tener en cuenta las necesidades de nuestro sistema social, éste se vendría abajo y acabaríamos perdiendo todos. Es necesaria una cesión de una parte de nuestra individualidad para que, a largo plazo, todos salgamos ganando. Al fin y al cabo somos seres sociales e interdependientes, nos necesitamos. Necesitamos un sistema que nos regule.

S. Puede ser, pero ese sistema es en muchas ocasiones nocivo para el individuo. Hay que tener muy presente que las personas hemos creado al sistema para servirnos de él, no al revés.

El sistema está regido por las leyes de la eficacia y la rentabilidad, y muchas veces esas leyes contradicen a la individualidad y al derecho a la autodeterminación, a la diferencia.

J. A. Hablas de «esas leyes» como si fuesen ajenas a nosotros, como si los educadores no pensásemos en lograr las intervenciones más eficaces. Al fin y al cabo nosotros también perseguimos optimizar los recursos y competencias de la persona y desarrollar sus capacidades.

S. Pero es diferente; éticamente estamos obligados a respetar la individualidad de cada usuario; no tenemos derecho a omitir las legítimas particularidades de cada persona en favor de unos estándares cómodos y eficaces, pero irreales e irrespetuosos con la persona al mismo tiempo.

J. A. Es necesario homogeneizar, hay que ser realista. ¿Cómo funcionaría la investigación si no homogeneizásemos? Por ejemplo, las investigaciones correlacionales se basan precisamente en medir una variable, centrándose en un aspecto muy concreto de la persona, obviando (hasta cierto punto) los demás. Es decir, homogeneiza.

¿Cómo reconoceríamos síntomas de problemas, buscaríamos estrategias o diseñaríamos intervenciones rápidamente, si no existiesen unos patrones prefijados de actuación? Es absurdo tratar de ver hasta el más mínimo detalle diferenciador en cada persona. Nos volveríamos locos porque todos somos muy diferentes, no existirían fórmulas comunes, en cada caso, sería necesario partir de cero y desarrollar pautas de actuación nuevas y adaptadas al individuo. Se perdería toda la eficacia.

S. No estoy de acuerdo. A pesar de que existan muchas diferencias entre una persona y otra, sigue habiendo mucho en común, lo suficiente como para que existan pautas bastante comunes. Pero aunque perdamos comodidad, y tengamos que trabajar de forma mucho más individualizada (siendo, por tanto, menos eficientes) ¿no tiene eso mucho más sentido que acatar una serie de normas, a sabiendas erróneas, sólo por agilizar el proceso?

J. A. ¿A sabiendas erróneas? ¿Acaso las intervenciones actuales no han ayudado a nadie? El funcionamiento actual es realista. No podemos perdernos en cada detalle, hay que priorizar. Sí, soy consciente de que el objetivo fundamental de cualquier proceso educativo es ayudar a la persona, sin ninguna duda. Lo que pasa es que muchas veces esa ayuda pasa obligatoriamente por pensar en el sistema, y no me refiero exclusivamente al sistema educativo; hay que pensar en el sistema social al completo. Por ejemplo, tenemos que educar pensando en el mercado laboral, para que la persona se pueda adaptar a él, porque conseguir un buen trabajo hace felices a las personas. Hemos de educar pensando en respetar las normas sociales de nuestra cultura, porque vivir en sociedad nos hace felices.

En definitiva, un buen proceso de educación supone a menudo integrar al individuo en el sistema. Porque hay que adaptarse ¿entiendes?

S. Todo eso suena muy convincente, pero en el fondo es peligrosamente falaz. Si todos funcionásemos así, si siguiésemos adaptándonos siempre a lo que nos piden, no pensando en lo que realmente deseamos, funcionando como un rebaño que necesita ser guiado, nos convertiríamos en ovejas. Nadie cuestionaría nunca al sistema, todo lo veríamos bien. Si hubiese una discordancia, sería el individuo el que está equivocado, ¡nunca el infalible sistema! ¡No se equivoca, hay que adaptarse a él!

Pero no olvides que el sistema, el educativo, el social, el laboral, y cualquier otro, el sistema como concepto, está dirigido siempre por personas, personas falibles e imperfectas que cometen errores. Pero todos seguiríamos esos errores porque, al fin y al cabo, los ha producido el sistema, que, incuestionable, dicta las normas de lo que está bien, normas objetivas que no dan cabida a la interpretación o a la duda.

Y lo peor de todo es que seríamos nosotros, los educadores, los que terminaríamos evaluando a los que se salie-

sen de esos moldes diseñados milimétricamente por el sistema, de modo que quienes se saliesen de lo «bueno» o lo «normal» serían tratados de forma patológica, como elementos subversivos o con mal funcionamiento.

J. A. ¡Qué visión tan apocalíptica! Parece que estés hablando de un libro de ficción. No olvides que, aunque el sistema cometa fallos, es democrático, y sobre todo, meritocrático. Si los dirigentes lo hacen mal, se van fuera, así se regula su buen funcionamiento. Además el sistema no está hecho para «dominar» a las personas, ni es nada externo a nuestro propio funcionamiento. Te vuelvo a recordar que es algo inherente a nosotros y a nuestra forma de vida social. Dependemos de él y él de nosotros.

S. De acuerdo, está claro que necesitamos algún tipo de sistema social que nos regule, al menos no se me ocurre un modo de vida alternativo, sin él.

J. A. Entonces, estás de acuerdo conmigo ¿no?

S. ¡No! Aceptar que necesitamos un sistema no implica hacer cualquier cesión por él.

J. A. Uff...

S. Mira, lo que yo estoy diciendo es que, como educadores, es poco ético dedicarnos a clasificar a las personas, poniendo una etiqueta que diga lo que «es». Reducir la individualidad de cada persona a una serie de rasgos



©Victor Gamollón

o estándares. No se puede abarcar al individuo con unas cuantas medidas «objetivas» y cuantificables, que es por ejemplo lo que hace a veces nuestro sistema de evaluación y/o calificación.

J. A. Ya lo sé, pero se puede respetar a la persona y a la vez clasificarla, no es malo pertenecer a tal grupo o tal otro, sobre todo cuando esa homogeneidad puede ayudar, al conocerse patrones de actuación y diagnóstico que ya han funcionado con otras personas antes.

S. Pero me refiero a que creo que es poco ético pensar en el educando de una forma tan... ligada a lo económico; buscar el mejor resultado con el menor costo, aun asumiendo que el proceso no es el más ético. Eso es «cosificar» a las personas, convertirlas en un bien más. El ciudadano del que se obtienen más ganancias, y cuyo costo debe ser menor para que sea rentable.

Y eso es algo real, está ocurriendo en lo privado y en lo público también. Se busca la rentabilidad siempre, en todas las áreas ¡y lo educativo no va a ser menos! Y a las personas se las termina tratando como otra mercancía. Ya no hablamos de trabajadores, hablamos de «recursos humanos» ¡recursos! ¿Somos parte del mobiliario? ¿O de la maquinaria? En la dimensión del lenguaje, ya lo somos.

J. A. Otra vez poniéndote dramático. ¿Pero hay alguien que esté controlando nuestra adhesión al sistema? ¿Acaso no tenemos un amplio margen de libertad para hacer o decir lo que nos dé la gana? Fíjate, si tú mismo lo estás cuestionando con cada palabra, y no pasa nada. No hay ningún Gran Hermano, el sistema es abierto, somos libres de opinar, de cuestionar, y de cambiar las cosas.

S. Vale, no nos vigilan, al menos de momento, porque no es necesario hacerlo. Sencillamente desde lo educativo se busca la homogeneidad, y listo. Se fomenta el pensamiento convergente, nada de tipos demasiado críticos, ni ideas demasiado originales. Ponemos unos criterios que todo el mundo debe cumplir y nos aseguramos de que la gente sea como nosotros queremos que sea, los educadores nos encargamos de que todos pasen por el aro y al que se quede fuera le ponemos un suspenso. Un suspenso nunca se interpreta como un acto de rebeldía o cuestionamiento, un suspenso significa siempre fracaso, un «lo sentimos, lo has intentado pero no has llegado».

J. A. Ah, a ser originales pues. Vamos a fomentar un pensamiento divergente a lo loco, sin criterios... que los chavales se rebelen contra las matemáticas, y aprobamos al que diga que dos y dos son cinco.

S. No hace falta ser cínico... sabes perfectamente que la escuela tiene un componente negativo en ese sentido. Muchas veces se tiende a homogeneizar a los alumnos. No se suele fomentar una forma de pensar diferente, se valora más el conformismo y la obediencia que la duda.

J. A. Bueno, pero estarás de acuerdo conmigo en que deben existir unos criterios, aunque sean mínimos, que

aseguren una base común, y que es competencia del educador asegurar la adquisición de esos mínimos.

S. Mira, podríamos estar debatiendo sobre esto durante horas, lo que quiero decir es que debe existir en el educador un compromiso ético que garantice que su labor esté enfocada siempre a beneficiar a la persona. El educador está en el deber de respetar la individualidad de la persona porque ésta tiene derecho a ser diferente a la mayoría, a pensar de otra forma y a tener otros valores y creencias.

J. A. Sí. Estoy de acuerdo, pero no por ello se tienen que contravenir los intereses del sistema. El dilema individuo-sistema no tiene por qué ser tal, el educador debe actuar de forma que se beneficie a los dos.

S. Bueno, esta discusión no nos lleva a ninguna parte ya. No vamos a encontrar una solución que nos satisfaga a los dos. Esta clase de dilemas no tienen solución fácil.

J. A. Posiblemente tampoco la tengan difícil.

S. Es posible. Bueno, tengo que irme.

J. A. Como siempre... encantado de hablar contigo. Ya nos llamaremos.

S. Adiós.

J. A. Adiós.

José Antonio se aleja y sigue pensando: Este zagal me recuerda, por momentos, a Herta Müller en su defensa de las minorías y a José Saramago en su crítica a la confusión entre educación e instrucción cuando dice: «apelo al espíritu crítico para cambiar el mundo en el que vivimos, que es a la vez injusto e hipócrita, y donde los maestros son verdaderos héroes».

Samuel se aleja y sigue pensando: El dilema individuo-sistema, como el resto de dilemas, no tiene que tratarse de forma polarizada. Es peligroso acercarse demasiado a uno de los dos extremos, porque eso supondría tratar de resolver categóricamente el dilema, y lo que caracteriza a los dilemas es precisamente su ambigüedad, lo que hace que no sea posible dar con una respuesta clara y convincente, pero sin embargo permite reflexionar mucho acerca de él, porque, dado su carácter irresoluble, parece no agotarse nunca.

Personalmente interpreto este dilema en concreto como un continuo. Pienso que hay cierto enfrentamiento entre el individuo y el sistema en cuanto a intereses se refiere, aunque en otras ocasiones esos intereses convergen. Pero, enfocando el tema hacia la educación, lo importante es saber que, éticamente, existe la obligación de omitir los intereses del sistema cuando éstos choquen con los de la persona, porque no tiene sentido que el educador incumpla la máxima del principio de beneficencia para favorecer a algo que no sea el usuario.

Así, es necesario dar un giro hacia los intereses de la persona, porque muchas veces la educación tiene más en el punto de mira los intereses del sistema educativo (o social) que los de la persona.